

## *¡Señor mío y Dios mío!*

El encuentro con Jesús resucitado fue reforzando la certeza entre los apóstoles de que su Señor había superado la muerte y había inaugurado una vida nueva. Era el mismo y era “otro”, porque no era reconocible a la primera, sino sólo cuando él quería “darse a conocer”. Las mujeres que encontraron el sepulcro vacío, la aparición a María Magdalena, la visita de Pedro y Juan al sepulcro, la conversación larga con los discípulos de Emaús, el encuentro de Jesús con ellos en el Cenáculo, donde se había despedido para ir a la muerte, y, por último, la aparición a los ocho días en el mismo Cenáculo, cuando ya estaba Tomás con todos.

Las apariciones de Jesús no son algo provocado por ninguno de ellos. Pasan de la situación de desánimo a la certeza gozosa, al encontrarse con el Maestro, ya resucitado. En distintos lugares, sin previo acuerdo, cada uno va encontrándose con Jesús en la novedad de su vida de resucitado, recién estrenada. El sepulcro vacío, el anuncio de los ángeles, las apariciones del Resucitado son huellas verificables de un acontecimiento histórico que ha transformado la historia desde dentro, llevándola a su plenitud. Se trata de un acontecimiento real, histórico y trascendente, como nos recuerda el Catecismo de la Iglesia Católica (CEC 639.647).

“Si no lo veo, no lo creo” protesta Tomás, al estar fuera de la comunidad cuando el Señor se ha hecho presente. Y Jesús tiene con él un detalle de condescendencia, mostrándole de nuevo las manos y el costado. Sólo en la comunidad se verifica la fe personal del que se ha encontrado con Jesús. La pertenencia a la comunidad nos aporta la certeza de que nuestra fe no es algo puramente subjetivo. Y en la comunidad, son los apóstoles con Pedro a la cabeza quienes nos confirman en esa certeza que proviene del encuentro personal con el Resucitado. Son los obispos con el Papa quienes garantizan que nuestra fe no es una quimera.

La Iglesia transmite a lo largo de los tiempos esta buena noticia, facilitando el encuentro con el Señor resucitado, en su Palabra, en la Eucaristía, en los necesitados, en la comunidad cristiana. “Dichosos los que crean sin haber visto”, anuncia Jesús para todos los que serán sus discípulos a lo largo de la historia humana. Sí, es realmente dichoso el que se encuentra con Jesús resucitado y puede exclamar con el apóstol Tomás en actitud de adoración: “Señor mío y Dios mío”.

+ *Demetrio Fernández, obispo de Tarazona*  
30.03.2008